BIBLIOTECA
MADRID
NACIONAL

SU EXCELENCIA SE DIVIERTE

47 | 194070

12

La Novela de Bolsillo

* *

Su Excelencia se divierte

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

POR

ALEJANDRO LARRUBIERA

Dibujos de BARTOLOZZI

ES PROPIEDAD

SU EXCELENCIA SE DIVIERTE

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

I

ANDALUZADA le parece al excelentísimo señor don Bruno González y Pérez de la Portilla, marqués de los Gaiferos y senador por derecho propio, que se diga de este mundo que es un valle de lágrimas. Como Pangloss, cree vivir en el mejor de los mundos posibles, consoladora creencia que reconoce su origen en las inapreciables ventajas de saber acoplarse á la realidad de las cosas lo más sanchopancescamente posible; rehuir lo que pueda ocasionar una inquietud en su plácida y regalona existencia, no ocurrírsele jamás abrir un libro ni discutir con el prójimo, no tener parientes ni ideas propias, y, en cambio, poseer un capital pingüe, un jefe de cocina portentoso y un secretario particular,

tan particularísimo, como el que desde hace tres lustros lleva la correspondencia del ilustre prócer.

Si se afirmara que don Bruno es el arquetipo del mortal venturoso, sería faltar descaradamente á la verdad, puesto que todo en la vida es relativo. El señor marqués para considerarse completamente feliz, en el histórico momento en que da principio este relato, quisiera, entre otras gollerías, contar con menos años de los que cuenta, lucir una figura más airosa que la de una botija, no padecer de dispepsia, saber tanto como sabe don Porfirio Canseco, su secretario, á quien tiene por un pozo de ciencia, y, por último, haber realizado la magna ilusión de su vida, que es la de ser ministro de Hacienda, no porque le guíe el patriótico empeño de «salvar» al país con sus dotes de hacendista, que, á Dios gracias, no tiene ninguna, sino por la disculpable vanidad de hacer un papelón en la política y darse tono con los pobrecitos del partido que andan siempre detrás del jefe como gatos que olfatean una sardina.

No ignora que es pedir cotufas al golfo lo de retrotraer la fecha de su nacimiento, reducir el escandaloso desarrollo del abdomen, curarse la dispepsia, aumentar la escasa mentalidad que á

la Providencia le plugo concederle. Con todo se resigna menos con lo de quedarse, en el momento oportuno, sin la anhelada cartera ministerial.

Para «hacer méritos», don Bruno publica, de vez en cuando, una de esas lataa monografías que nadie lee, acerca de algun arduo problema de Hacienda pública, y hasta se corre en el Senado á intervenir en la discusión de los presupuestos, anonadando con la lectura de cifras y más cifras á la media docena de compañeros que tienen la amabilidad de dormirse con parecido sonsonete numérico.

A tales folletos y á tales lecturas de cifras debe Su Excelencia la fama que goza de habilísimo financiero, y hasta se le consulta, como á indiscutible autoridad en la materia, y se le escucha como á un oráculo; los periódicos, al citarle, anteponen siempre «el eminente hacendista».

Tanto y tantos lo aseguran, que don Bruno ha acabado por creerse un genio de las *finanzas*, como dice en galiparla, y fiel á su sistema de emplear solo las frases hechas. Un poquito le amarga el gozo de tal presunción, el recordar á don Porfirio, «su brazo derecho», que es el verdadero padre de los folletos que firma Su

Excelencia, y el que le prepara las lecturas en el Senado. Si no fuera por tan valioso auxiliar, don Bruno jamás habría dicho esta boca es mía en lo de las «finanzas» ni en cosa ninguna.

II

Don Bruno está preocupadísimo hace cuatro días, precisamente los mismos en que don Porfirio, el secretario, no va á casa de Su Excelencia. Se acentúan los rumores de una crisis ministerial inmediata y de que será llamado al poder el partido en que milita el eminente financiero. Si los rumores se truecan en realidades, el conflicto para don Bruno es de los gordos, supuesto que si le llama el jefe del partido, que sí le llamará, á formar parte del Ministerio, ¿qué hace sin el auxilio y consejo de don Porfirio?...

El aristócrata, anonadado, reniega de la desdichada oportunidad en que su secretario se le ha ido á poner enfermo. Y todo por no seguir sus desinteresados y paternales consejos: «Ami-

go don Porfirio, debe usted irse á Alhama, Archena ó á las Caldas, donde sea, á tomar baños. Hay que cuidar ese reúma.» ¡Las veces que se lo habrá dicho!... Pues como si cantara: don Porfirio, mentira parece en un hombre tan sensato, erre que erre, sin querer salir de Madrid, y no se pasan dos meses seguidos sin que tenga que meterse en cama una temporadita con unos dolores reumáticos de los que obligan á poner el grito en el cielo.

Don Bruno todos estos días, al despertarse, pregunta á su ayuda de cámara por el estado de salud de don Porfirio. Perico, que, aunque nacido en la propia Cangas de Tineo, parece por lo grave y solemne un criado inglés de comedia, se sonríe con sutil ironía, é invariablemente afirma que don Porfirio continúa lo mismo que la víspera, habiendo pasado una mala noche.

—Y el médico, ¿qué dice?

—Señor, el médico dice que dentro de dos ó tres días podrá levantarse de la cama don Porfirio.

El señor no disimula un gesto de viva contrariedad.

Perico, impasible, se dispone á vestir á su amo.

Al cuarto día, don Bruno, después de oir la consabida respuesta, ha ordenado imperiosamente:

—Vísteme en seguida; tenemos que ir á casa de don Porfirio.

Perico se ha puesto rojo como la grana, y ha replicado, con voz no muy firme:

—Debo decirle al señor marqués que el médico ha encontrado hoy peor á don Porfirio.

—Razón de más para que vayamos.

—Es que no permite que se vea al enfermo...

—¡No importa! Iremos.

—Como el señor disponga—asiente Perico con la humildad de un servidor, correcto, que piensa: «¡Así reventaras, amén!»

Don Bruno, ya en disposición de salir á la calle, recibe una carta perfumada que le presenta el azorado Perico.

Todas las cartas que en estos días recibe Su Excelencia, antójansele del jefe del partido: ésta, como las anteriores, le produce una desilusión: no es la que espera.

Sin embargo, al fijarse en los garabatos del sobre y percibir el mareante perfume que exhala, se sonríe como hombre que adivina la felicidad. Impaciente, rasga el sobre, y lee el ro-

sado billetito, en el que, con letras como puños, deben darle muy gratas noticias, puesto que Su Excelencia, sin abandonar su plácida sonrisa, dice jubilosamente:

—Ya no vamos á casa de don Porfirio: iremos mañana. Da las órdenes para que me sirvan el almuerzo á las once, y que tengan preparado el auto á esa hora.

Perico, al oir esto, se sonríe como quien se ve libre de un grave compromiso.

III

De no recibir Su Excelencia con tal oportunidad la perfumada misiva, habría puesto en un morrocotudo aprieto á su ayuda de cámara, descubriendo el pastel. Porque, seguramente, doña Rufina, la patrona de don Porfirio, habría enterado al señor marqués de que su huésped, en ésta como en otras ocasiones, navegaba hacía ya cuatro días por mares ignotos.

Perico era el único en casa de don Bruno que sabía del pie que cojeaba el señor secretario, á quien todos tenían por un modelo de gravedad y circunspección, por un esclavo en el cumplimiento de sus deberes.

El grave y circunspecto, el «esclavo», se *desdoblaba* en cuanto sentía irresistible comezón de *juerguearse* á sus anchas, sumergiéndo-



se en el piélago inmenso del placer, no siempre ha de ser del vacío.

El pretexto para hacer rabona decorosamente á la secretaría, y no ser importunado por Su Excelencia, era el socorrido ataque de reúma.

La complicidad inevitable para que no se malograra el embuste, asegurábasela Perico, que el hombre es débil, mayormente un ayuda de cámara que recibe unos cuantos duros y se proporciona el gustazo de «pegársela» al amo.

El cómplice, en cuanto el señor secretario hacía uno de estos misteriosos mutis; no iba á buscarle á la casa de huéspedes, sino á cierta taberna, con ínfulas de colmado, en la cual iniciábanse siempre los Waterloos de la respetabilidad de don Porfirio; no en balde Baco es el gran instigador de locuras, y el que precede á Venus, complaciente, á Mercurio y á otras divinidades. La cosa era disculpable: don Porfirio era sevillano, y en la tal *tasca* vendían una manzanilla auténtica de Sanlúcar, que no beberla sería un desprecio inaudito á la patria chica.

El tabernero, un tío muy gordo, que se *alimentaba* solo con cañitas, sus cuarenta y tantas al día, en cuanto asomaba Perico, le largaba una copa de mostagán, y decíale enigmática y picarescamente:

—Tal calle, número tantos, casa de Fulanita.

Perico oía esto imperturbable: don Porfirio

era hombre que se refugiaba, al correr parecidas borrascas, en el primer puerto que le deparaba la casualidad. ¡Las casas á que había ido á verle el criado de Su Excelencia! Los tipos que había conocido en aquellos hostales improvisados, con los que podría formarse una pintoresca y copiosa galería de



gente alegre y desenfadada, harto liberal de lo suyo y de lo ajeno. Y unas veces, Perico, encontrábase al secretario, tumbado como un fardo, en un sofá, en la cama ó en el suelo, según los efectos de la manzanilla, y otras veces de pie, en mangas de camisa, ó en más íntimo ropaje, como quien se encuentra entre amigos de confianza, y procurando aparecer sereno, recibía al emisario con las más efusivas muestras de cariño, que en esto declaraba elocuentemente

estar entre Pinto y Valdemoro. Hablábale irónica y enrevesadamente de cosas para el astur en gringo. Porque á don Porfirio, en estos momentos de nublazón, dábale por perorar en filósofo los conceptos más estupendos que puede hilvanar un borracho que se ha asomado á todos los sistemas filosóficos habidos desde Platón á Nietzsche. Perico, siempre ecuánime, oíale atentamente y hasta se reía cuando su interlocutor le ordenaba, señalándole la puerta: «¡Parte, Ganimedes, y dile á Midas de mi parte que es un imbécil!»

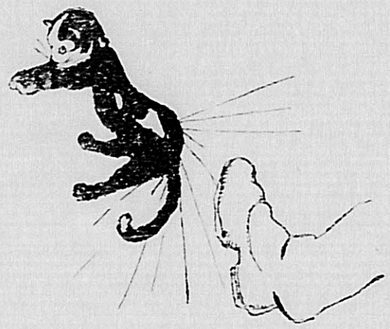
Un gran tipo éste don Porfirio, de edad indefinida é indefinible, alto, seco, grave y entonado. Perico, su hombre de confianza, está también en el secreto de la comedia, de la causa á que obedecen estos chapuzones *juerguísticos*. Es un exceso de sentimentalismo el que le impulsa: afán de olvidarse de un pensamiento torturador, de contrarrestar un pernicioso estado de melancolía, de desilusión: su vida la truncó una mujer, mejor dicho una hembra, que no supo apreciar el cariño inmenso de aquel buen hombre que la hizo su esposa, elevándola hasta él; y que correspondió á tal sacrificio de dignidad, con la más asquerosa de las indignidades: huyendo con un amante, Dios sabe dónde.

Y Perico, que no es filósofo, sabe á su manera poner una piadosa disculpa á las intemperancias de don Porfirio, á quien quiere y admira á su manera.

IV

Las órdenes dadas por Su Excelencia han producido un gran revuelo en la servidumbre, que en estas casas ricas, faltas de la vigilancia de la «señora», cumple perezosamente sus obligaciones, sujetándolas á un protocolo más riguroso que el de las Cancillerías.

El ayuda de cámara, ha transmitido la orden de que el señor almuerza, antes de la hora de costumbre, al mozo de comedor, quien, refunfuñando, ha bajado á la cocina, y al no encontrar al «jefe», un *monsieur* con más conchas que un galápago, ha ahuecado la voz para darle el encarguito al pinche, entretenido en limpiar el cobre. El pinche, molesto con la noticia, ha dejado en suspenso la limpieza de pero-



les y cacerolas, para atender á la suya propia, que bien lo ha menester el infeliz, y, después de regalarle un puntapié al gato, ha salido en busca del «jefe».

La casualidad ha hecho que el lacayo encontrara al *chauffeur* en una de las esquinas próximas á la casa, de palique con una buena moza, que, accionando airadamente, decíale á su interlocutor, en el preciso momento en que llegaba el emisario: «¡A mí, ni tú ni el dios Netuno del Prao me toma el pelo!»

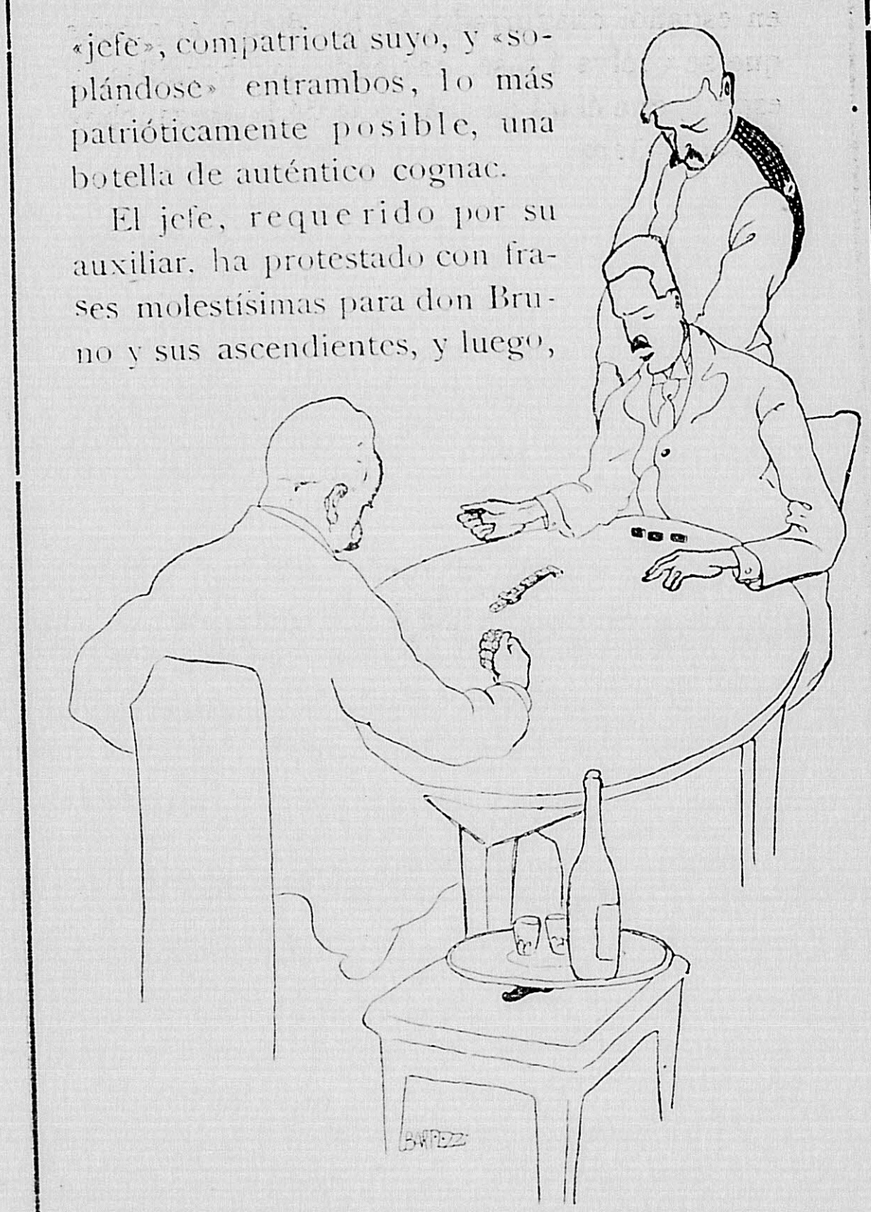
El *chauffeur*, al enterarse de la embajada, ha empezado por decir unas cuantas groserías á costa de la familia del señor marqués, y ha continuado el diálogo con la ariscada hembra, diciéndole al lacayo:

—¡Ahora voy! ¡En cuanto termine con la señora!...

El pinche ha dado con el *monsieur* del fogón en el lugar en que presumía encontrarle: en una de las tascas fronteras á la plaza del Carmen, jugándose una partida de dominó con otro

«jefe», compatriota suyo, y «soplándose» entrambos, lo más patrióticamente posible, una botella de auténtico cognac.

El jefe, requerido por su auxiliar, ha protestado con frases molestísimas para don Bruno y sus ascendientes, y luego,



en español chapurrado, le ha dicho al pinche que se vuelva á casa, encienda las hornillas, y espere, que él irá en cuanto le dé la «revanche» al compañero.

V

A su hora fué servido Su Excelencia. El *monsieur*, que es hombre expeditivo en sus resoluciones, no ha encontrado cosa mejor para salir del paso que encargar un cubierto á uno de los maravillosos *restaurants* en los que sirven por una peseta cinco platos y ¡jamón en dulce!...

Su Excelencia, absorto é impaciente, no ha reparado en los comistrajos que le han servido: únicamente los calamares, «en su propia tinta», le parecieron un poco «agresivos».

Don Bruno, terminado el infame condumio, se ha acicalado y perfumado, como venturoso mortal que se dispone á embarcarse en el bajel de Citerea. Perico, que es un gran observador y para el cual, como para todos sus congéneres,



el amo siempre resulta un «pobre señor», se ha sonreído discretamente al advertir parecidos arrequives.

El señor marqués ha tomado asiento en el automóvil, sin reparar en el rostro del *chauffeur*, que podía servir de modelo para el de Judas, momentos antes de ahorcarse. Porque, la «exigencia» del amo, le ha obligado á dejar en suspenso uno de los negocios más trascendentales de su vida: el de hacer las paces en la Bombilla ó en las Ventas, con su novia, la moza juncal, á la que «ni el dios Netuno del Prao la toma el pelo».

—¡Todo lo más de prisa que puedas!—ha dicho don Bruno, al meterse en el auto.



El *chauffeur*, ciego de ira, que es mala consejera, mayormente para los que guían automóviles, sigue la orden al pie de la letra, y lanza el vehículo á toda velocidad por las calles de la coronada villa, sin acordarse de bandos ni de ordenanzas, ni preocuparse, poco ni mucho, de las consecuencias, siempre lamentables, de darle un pasaporte inesperado para el otro mundo al prójimo infeliz que se atraviesa en el camino.

Corre el auto vertiginosamente, con gran zozobra é indignación de los transeuntes, que, al oir el estridente gruñido de la bocina y advertir la marcha alocada del carruaje, le saludan, al paso, con una maldición, formulando *mentalmente* el deseo poco piadoso de que se estrellen el amo y el guía.

No fueron, afortunadamente, dignos de aparecer en la sección de sucesos de los periódicos los desaguisados habidos en tal carrera: el

susto de una vieja que creyó llegada su última hora al sentir que la rozaba una de las aletas del vehículo, el topetazo con un tranvía, el es-



panto del caballejo de un simón y el despanzurramiento de un mísero perro vagabundo; en resumen: nada entre dos platos.

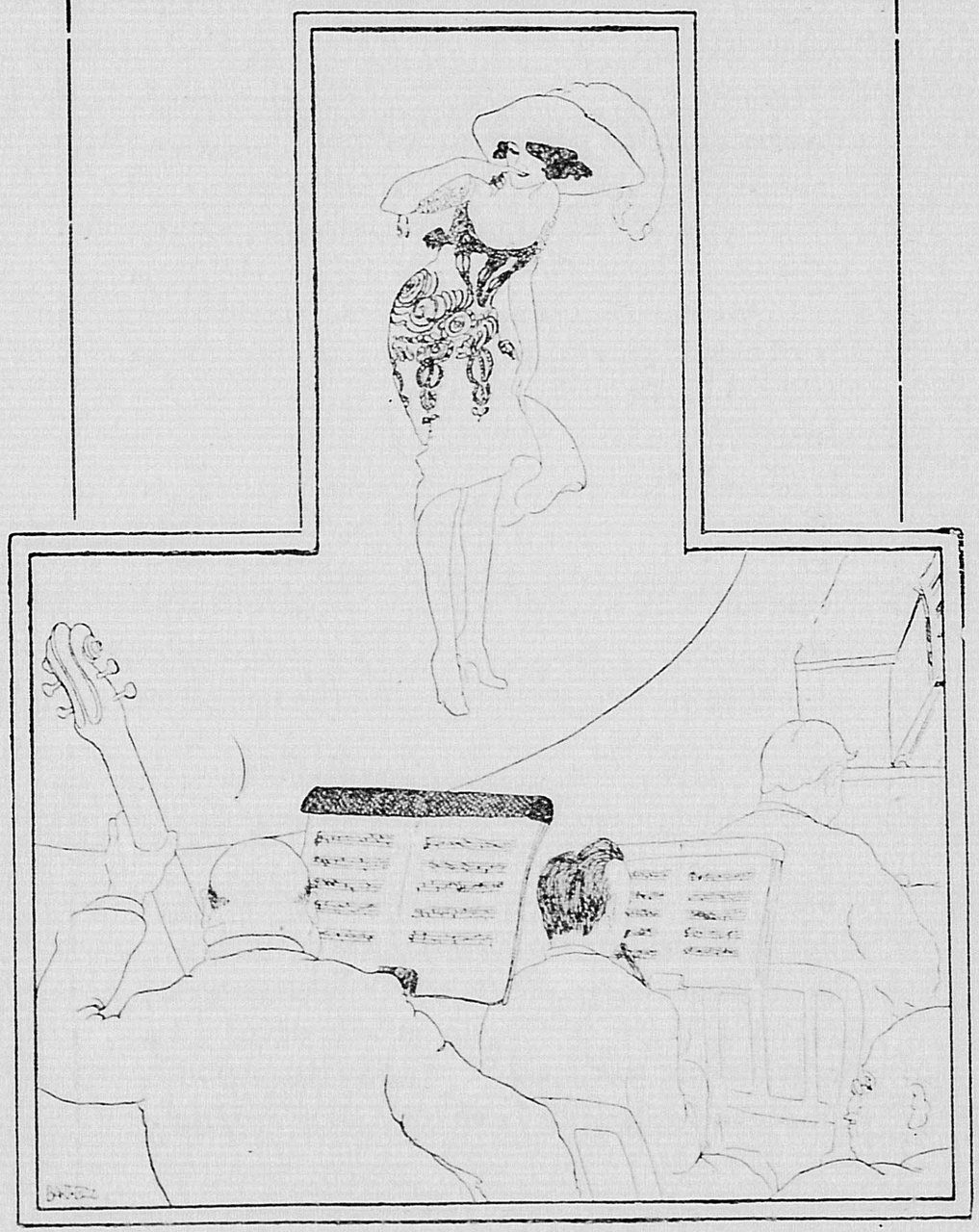
El excelentísimo señor, cómodamente retrepado, no se fija en tales pequeñeces; en tal

ocasión su pensamiento no se sujeta á prosas tan vulgares.

Va en pos de una aventura galante y siente vaga inquietud y temeroso recelo de que Venus no le sea propicia en la entrevista con la gentil Sole. ¡Un encanto de criatura que empieza á darse á conocer en el mundo de las cortesanas, exhibiendo su escultural y delicioso cuerpo, mal velado con vaporosos tules, en uno de los saloncitos de «variétés», tan en boga en los tiempos que corren.

Don Bruno, que se aburre hasta bostezar en el Casino y en el teatro, se divierte lo indecible en estos saloncitos exóticos, y á pesar de su respetabilísima calva, goza como un jovenzuelo revoltoso, coreando los *cuplés* y diciéndoles cuatro soserías á las artistas.

Cierta noche se encontró en la butaca inmediata á la suya con un amigo, el vizconde de la Pampliega, viejo verde, que también goza lo indecible en este linaje de espectáculos, con la diferencia de que don Bruno, al terminar la sección, se va á la calle, como la inmensa mayoría de los espectadores, y el vizconde se cuela en los cuartos de las «estrellas» y las regala flores y caramelos y hasta las invita á cenar en un figón de buen tono, ó en el *restau-*



raul más famoso, según el humor y el estado de bolsillo del arriscado prócer.

Debutaba en la sección una tal Sole, *la Madrileña*, cupletista, y mientras llegaba su «número», el vizconde, que era una comadre con pantalones, que no sabía callarse ni lo suyo ni lo ajeno, dijo al marqués:

—¡Chico, vas á ver á una de esas mocitas que quitan la cabeza!... ¡Qué criatura!... Sonríete tú de la Venus de Nilo (el viejo confundía lastimosamente la isla griega con el río de la tierra de los Faraones). Se trae la niña unos ojos que parecen tener lucecitas dentro; al boca, es un primor de boca, por lo chiquitina y lo fresca; el cuerpo, hijo, una inquietud y una tentación, ¡ya verás! Metidita en carnes, con unas curvas (el vizconde las describe por encima de su nívea pechera) y una amplitud de caderas, que... ¡Un encanto, Bruno, un encanto!...

A Bruno se le han encandilado los ojos con tal pintura, y no puede reprimir un leve suspiro.

—Y oye, Rafael—interrumpe el muy hipócrita, para disimular—, ¿y es tan buena artista como mujer?...

—Yo te diré, hombre, cantar... vamos, canta como una gata en Enero... Eso sí, lo que le fal-

ta de voz, le sobra de gracia y de picardía!... ¡Por algo es de barrios bajos!...

—Madrileñita, ¿eh?...

—Bautizada en la propia iglesia de San Lorenzo, ¡tú verás!... ¡Es una chulilla con la mar de sombra! Si la oyeras contar el porqué se ha metido á «estrella», te ibas á reir un rato largo, como ella dice. ¡Pobre muchacha! ¡Lo que hemos trabajado para que se saliera con la suya de debutar en este corralito!...

Su Excelencia mira sorprendido al vizconde al oirle tal afirmación.

—¡Ah! Pero, ¿tú?...

—*¡Claroco, ninchi!*

El vizconde, que se siente chulo á ratos, dice, esto radiante de satisfacción.

—¡Pues, hijo, no sabía yo que tú andabas metido en estos fregados!—replica inocentemente el de las «finanzas».

—¡Parece mentira, Bruno, que lo ignores!—murmura el viejo verde, lastimado en la cuerda más sensible de su amor propio, en la de que hubiese un mortal tan atrasado de noticias que ignorase que el vizconde de la Pampliega poseía una influencia decisiva en todo lo relacionado con los espectáculos de «variétés» y que la mayoría de las «estrellas» fulguraban en estos



«cielos» semiartísticos, gracias á la mano protectora que él las tendió cuando acababan de dejar la aguja, el estropajo ó algún otro adminículo parecido. *La Pinturera*, *la Camelia*, *la Alondra*, *la Cominitos*, *la*... todas, en fin, le debían su presentación en las tablas.

—Sí, chico, sí—continúa el parlanchín vizconde—. Esta, como todas, se enteró de que el medio más seguro para debutar pronto y bien era el de que yo la protegiese... artísticamente; no te sonrías, pura y exclusivamente por el arte... Ya has visto; es decir, verás ahora, dentro de unos minutos, surgir un nuevo astro, gracias á este cura... Y hubiera debutado antes, pero tuvimos dos tropiezos: uno, el que ni con cu-

chara le entraba la música de los *cuplés* que ex profeso le ha escrito el autor de la casa... ¡Lo que habrá sudado Pérez con la chiquilla! Pérez es el maestro... El otro tropiezo fué más grave. Dos días antes del *début*, la niña hizo un mutis al salir del ensayo, y estuvo una semana sin parecer. Ponte tú en mi lugar, y á ver qué habrías hecho en mi caso. Exactamente lo que yo hice: irme á la portería de la calle del Olmo, que es en donde vivía Sole con su madre, la señá Romualda, una pobre mujer, que, al preguntarle yo por su hija, me dijo hecha un mar de lágrimas: —«¿Pero usted sabe, señor, lo que ha hecho la muy pilonga?... (fué otro el vocablo). Pues se ha largao con el novio, un cagatintas de las Salesas, que no tiene en donde caerse muerto, y que ha encalabrinao á mi Sole pa que le llene la andorga, porque usté ya sabe que mi chica, y no es alabancia de madre, tiene las primeras manos pa el corte». Sin emplear rodeos de ninguna clase, logré que la afligida portera me diese los datos precisos para averiguar el paradero de Sole... Te declaro que una de mis mayores debilidades es la de averiguar las cosas que no me importan. Mis pesquisas tuvieron un pronto y feliz resultado: di con el nido de los tórtolos en la barriada de

los Cuatro Caminos, y aprovechando que el curial no estaba en casa, pude hablar con su novia.



No es inmodestia si te aseguro que estuve elocuente y persuasivo: logré que Sole mandara al cuerno al curial y que volviese al redil de las «variétés», no te diré que como una borrega, más bien como una mujer que ha sufrido un grave desengaño del hombre de sus fatigas. Me sentí espléndido con la muchacha; aquellos días estaba yo de buenas en el Casino, y le di unas cuantas pesetas para que se comprase ropa y se instalara en un local más aparatoso que la portería de su señora madre... Por esto, y por lo demás, la chiquilla está conmigo que no sabe qué hacerse...

—¿Y tú lo sabes?...—interrumpió maliciosamente don Bruno.

—¡De sobra! Pero, hijo, me encuentro viejo esta temporada—replicó intencionadamente el

vizconde,—y lo que es más horroroso, sin municiones para conquistar la plaza—é hizo con el pulgar é índice la característica indicación de dinero... ¡Si no fuera por las circunstancias!...

—¡Comprendido!... Pero si tú no, alguien pondrá cerco á la plaza, si es que ésta ya no se ha rendido—indicó insidiosamente don Bruno.

—Que yo sepa, la plaza está libre.

—¿Y el curial?

—¿No te he dicho que le dejó la chica con tres palmos de narices?...

—Sí, sí; no recordaba... Estaba distraído...

El vizconde, llevándose el índice á la boca, dijo:

—¡Psch!, callemos. Esto va á empezar.

VI

Don Bruno fué presentado á *la Madrileña*, que, al pronto, le recibió como á uno de tantos vejestorios molestos que se declaraban sus más entusiastas admiradores; pero, al enterarse de que se trataba de un opulento marqués, candidato á ministro, le dedicó la más asesina de sus miradas, y hasta se corrió á ponerle en el ojal uno de los claveles que languidecían en su pecho al ver los más rojos y fragantes de los labios de su dueña.

Don Bruno, disculpable debilidad, volvió á la noche siguiente y en las sucesivas: desde la butaca aplaudía, como si se tratara de defender el cocido de la familia, los maullidos de Sole, y



en su camarín, poníase en ridículo declarándose su apasionado galán. Ello es que á la niña no le pareció una tontería aceptar el galanteo del señor marqués, y dando largas á sus apremios, cada vez más insistentes de visitarla en su casa, acabó por enviarle la perfumada misiva, que obligó á Su Excelencia á almorzar mal y de prisa.

VII

DON Bruno sería el más venturoso de los mortales, á no asaltarle el inoportuno recuerdo del trascendental cambio político que tal vez se estaba realizando en aquellos instantes en los que él corría, como loco, á engolfarse en una aventura de placer.

Tal presunción entenebrecía su gozo. En vez de visitar á Sole, debía ir á ventear lo que ocurría en casa de don Saturio, su jefe. «Porque — reflexionaba — no se pescan truchas á bragas enjutas». Pero, ¡ay!, era tan hermosa la chiquilla, que disculpaba que entre papar moscas contemplando la cara de retablo bizantino del futuro Presidente, y admirar los más ocultos y

deliciosos encantos de la cupletista, se decidiera por la cupletista.

¡Omnia vincit amor! que dijo el altísimo poeta.

VIII

El auto paró delante de la casa donde vivía Sole: la calle estaba en el corazón del típico barrio de los chisperos, próxima á la iglesia de Maravillas.

Su Excelencia, después de ordenar al *chauffeur* que le esperara á la hora de sesión en el Senado, entróse en el portal, y no sin cierto azoramiento, subió hasta el primer piso, y se detuvo un instante, sin decidirse á llamar á una de sus puertas: la del paraiso anhelado.

Le franqueó la entrada una doncella guapa y chulona, que, recogiendo la tarjeta, leyéndola al soslayo, y enterándose de quién era el visitante, extremó las reverencias y le condujo á un gabinetito, rogándole tuviese la bondad de esperar un momento á la señorita.

El señor marqués se sonrió irónico al advertir la cursilona elegancia del gabinete, en el que no faltaba el consabido negrito de escayola, sentado en una silla de junco, leyendo *The Thimes*: adornaban las paredes unos sedosos carteles de mano de corridas de toros, y unos cromos, rabiosos por su colorido, de «Romeo y Julieta».

Disponíase don Bruno á sentarse en una de las butaquitas, y no realizó su intento, atraído por el diálogo que en una habitación inmediata, sostenían, á media voz, el ama y la doncella: airada la de la señorita, y conciliadora y persuasiva la de la sirvienta.

—¡Haz lo que te dé la gana! ¡Si no le hubieses abierto, no nos pasaría lo que nos pasa ahora! ..

—Pero, señorita— replicó la otra voz,—¿qué le vamos á hacer? ¿Vamos á tirar al pobre señor por el balcón?...

Su Excelencia sintió algo así como un escalofrío. No corría por sus venas la sangre del Cid, que no fueron sus ascendientes infanzones de Castilla, sino míseros pecheros de Extremadura.

Tembló bellacamente imaginándose una tragedia. Y se vió, ¡oh poder de la fantasía, asesi-

nado, descuartizado, metido en un baul, y facturado en pequeña velocidad, como una mercancía despreciable, según acontece en los estupendos y melodramáticos crímenes de los folletines.

Logró el excelentísimo señor serenarse al recapacitar en lo estrafalario de sus pensamientos. Se arrellanó en la butaquita, refocilándose por anticipado, como chico á quien le ofrecen una golosina, con la que esperaba recibir de la gentil cupletista.

Pero, ¡ay!, que es harto deleznable todo lo humano, y don Bruno, experimenta una sorpresa que le hace dar un bote en el asiento, y mirar azorado en torno suyo... Algo resuella próximo á su persona, como pudiera resollar un durmiente intranquilo, ó un animal fatigado. Fija estúpidamente los ojos en el negro, mira debajo de los muebles, é intranquilo, resuelto á todo como un héroe, se decide á averiguar quién resopla tan ruidosamente.

A medida que avanza hacia una de las puertas del gabinete, percibe más vigorosos los resoplidos. Entreabre los cortinones, y en una habitación llena de trastos viejos, que recibe luz cansada por la ventana que da á un patini-

llo, columbra, arrumbado en una butaca, como un fardo, á un hombre dormido, los brazos colgando por fuera de los del asiento.

Don Bruno, quédase suspenso y atónito con tal hallazgo: fija la mirada en el huésped, y á u Excelencia le falta poco para caer redondo en el suelo.

¡El durmiente es don Porfirio, su secretario!

Le contempla con la estupefacción del que mira algo sobrenatural, inconcebible.

Y mientras sus ojos permanecen fijos en la humana figura que tan grotescamente dormita, su cerebro es una devanadera.

El respetable candidato á ministro, se halla sumido en un mar de confusiones, que es el mar en donde nos zambullimos, espiritualmente, cuando presenciamos algo que, lógicamente, no sabemos explicarnos.

¿Cómo y por qué se encuentra en tan ruin aposento don Porfirio, á quien suponía retorciéndose de dolor en la casa de huéspedes?...

¿Es posible que un hombre que es un pozo de sabiduría, tan grave, circunspecto y atildado, se entregue á Morfeo en una postura propia de quien se encuentra bajo la acción de una borrachera estupenda?...

¿Estará borracho?... ¿Le habrá sorprendido algún mal repentino?... ¿Muerto tal vez?... ¡No! Esto es una tontería. Los muertos no resuellan...

Su Excelencia, siéntese sobrecogido ante lo inaudito del caso, y no se atreve á acercarse al durmiente.

Prosigue preguntándose: ¿Qué concomitancias son las de don Porfirio con la cupletista? ¿Es su amante?... ¿Su padre?.,. ¿Su tío? ¿Un amigo?... ¿Qué es, respecto á la dueña de la casa, que así le tiene metido en el cuarto de los trastos viejos, sin preocuparse de lo que le ocurre, como á un ser despreciable?...

El excelentísimo señor, que no tiene costumbre de pensar en nada, se lleva las manos á la cabeza, convertida en una olla de grillos.

—¡Esto es para volverse loco!—reflexiona.

Como atraído por una fuerza misteriosa, continúa sin quitar los ojos del «enigma», hasta que le aparta de la azorante contemplación, una vocecita mimosa, que le dice al oído:

—Bienvenido, señor marqués.

—¡Encantadora Sole! —tartamudea don Bruno, y señalando con la diestra al durmiente, pregunta con la entonación de un «barba» en una escena dramática.

—¿Qué hace en tu casa ese desdichado?...

La Madrileña se sonríe picarescamente, y contesta:

—Pues ya lo ve usted, ¡dormir como un santo!

La réplica no le ha hecho gracia al marqués.

—Pero, ¿cómo es que está aquí don Porfirio?—insiste.

—¡Ah, pero usted también conoce á don Porfirio?

—¡Muchísimo!...

—Entonces excuso decirle á usted por qué se encuentra aquí ese ilustre golfo.

Don Bruno déjase caer anonadado en una de las butaquitas, inmediatá á la que ocupa su gentil interlocutora.

—¡Golfo, don Porfirio!...—exclama con tal cara de asombro, que la chiquilla, riéndose replica:

—¡Sí que es usted guasón, marqués!... Demasiado sabe usted lo *frescales* que es el amigo.

Don Bruno va á protestar, á salir en defensa de su «brazo derecho»; pero le detiene en sus nobles propósitos este silogismo: «Un hombre que se adjudica un ataque de reúma para faltar á su obligación y se duerme como un trasto en casa de una cupletista, es un sinvergüenza.»

—¡Si que es un *frescales* el amigo!—repite el aristócrata, tragando saliva.—Pero, ¿cómo es que está ahí durmiendo en ese cuarto, nena?—torna á preguntar.

—Pues, cositas de la vida, marqués; que una no es desagradecida, y don Porfirio es talmente para mí como un padre.

—¿Como un padre?—repite don Bruno imbécilmente.

—Ni más ni menos. Si no es por él, lo de mi *début* en el *Salón Liberty*, ¡á la historia!

—¿Pero no fué el vizconde?...

—¡Psch, el vizconde! Sí, algo hizo; pero á quien se lo debo todo es á don Porfirio, que es el niño mimao de la Empresa. ¡Como que los *cuples* mejores son los suyos! ¡Calcule usted!

—¡Ah! ¿Pero don Porfirio escribe *cuplés*?

—Como los propios ángeles; los de repetición que yo canto, son suyos. En fin, estos días el hombre está corriendo una juerga á la sordina, como él dice. Anoche se empeñó en acompañarme al salir del teatro. Como estaba algo *mosca*, le di con la puerta en las narices al llegar á casa. Y hace poco, cuando lo que menos me acordaba yo era del santo de su nombre, se me presenta con una papalina fenomenal. ¡Digo, ya se ha enterao usted de cómo

está!... Pero ahora mismito va á tomar el portante, ¡y san se acabó! ¡Ya estoy hasta aquí (señalándose el moño) de contemplaciones!

Sole, sin hacer caso de las protestas del aristócrata, que prevé una escena lamentable, se levanta súbita y sale airadamente de la habitación.

Don Bruno permanece sentado en la butaca, en la actitud de quien se resigna á todo, y por vez primera en su existencia, recapacita filosóficamente acerca de las sorpresas inauditas que proporciona la irónica casualidad, y antójasele la vida una comedia, en la que, á veces, se representan los papeles más ridículos que pueden imaginarse.

Tales reflexiones las interrumpe algo que resulta muy prosaico y grotesco en parecidas circunstancias. De improviso siente el excelentísimo señor como si un gato revoltoso se le aposentara en el estómago; sudor frío le invade el cuerpo; se le turba la vista. El infame condumio que le ha servido el *monsieur*, los calamares atrasados, las emociones recibidas, todo ha contribuído á la horrorosa perturbación gástrica que tan inoportunamente le aqueja. Don Bruno, ante lo ridículo del caso, trata de conservar su ecuanimidad. ¡Ay, infelice!, que diría un poeta



trasnochado; el malestar va en aumento, y ni ánimos le quedan para escuchar la trifulca que se arma en la habitación contigua en el momento de la expulsión del extraordinario don Porfirio, quien, magnánimo, como un sér que está por encima de las humanas ruindades, perdona la bellaca acción de que es objeto, é irguiéndose olímpicamente, se despide de la cupletista, diciéndola:

—No me extraña lo que haces conmigo; eres mujer, y por lo mismo, pérfida como la onda, que dijo el gran Guillermo. (Este Guillermo es Shakespeare, conste.)

Soledad ha encargado á la doncellita chulapona que acompañe á don Porfirio á la calle y le meta en el primer simón que encuentre.

IX

Sole, al volver al lado de don Bruno, le ha encontrado aplanado en la butaca, el rostro lívido, inundado de sudor, hundidos los ojos.

La gentil muchacha se azora, presumiendo que el viejo está para liárselas. Al indicarle la conveniencia de avisar á un médico, el aristócrata le ruega que no se alarme ni avise á médico ninguno, porque sólo padece una ligera indisposición gástrica. Sole se le queda mirando, sin entender lo que esto significa. Su Excelencia la saca de dudas, insistiendo con voz quejumbrosa: —«No te preocupes, nena, se trata de un sencillísimo cólico».

Sole, que es hija de portera, y ha auxiliado á su madre en indisposiciones análogas, obliga al marqués á que se eche en su cama, un co-

quetón nido de placeres que la ironía de las cosas convierte, inesperadamente, en lecho de dolor, y ni corta ni perezosa, después de arropar al prócer, se dirige á la cocina y prepara una infusión de té.

En tales menesteres, la sorprende un recio campanillazo.

Va á abrir y se encuentra con un mocetón recio y fornido, con trazas de criado de casa grande, que le pregunta:

—¿Me hace usted el favor de decirme si está aquí don Porfirio Canseco?...

—¡Acaba de marcharse!

Perico se sonríe benévolo, en la creencia de que ahora, como en otras muchas ocasiones, don Porfirio no está para recibir visitas; tal se encontrará el pobre señor. Y cortés suplica:

—Hágame el favor, señora, de decirle que Perico, el criado del señor marqués de los Gaiferos, necesita verle.

Sole, al oir esto, se queda en la actitud de quien recibe una gran sorpresa; imagina que la Providencia le envía al mocetón.

—Pase usted —le ordena.

—Con su permiso.

Perico, sonriéndose, sigue á la cupletista que

le conduce á la alcoba en donde se encuentra don Bruno, retorciéndose de dolor.

El criado se queda estupefacto, con los ojos muy abiertos al encontrarse, no con don Porfirio, sino con su propio amo.

El cual también dirige una mirada de asombro á su ayuda de cámara; pero, sospechando que Perico le trae algún recado del jefe, le pregunta con mal disimulada ansiedad:

—¿Qué ocurre?...

Perico, que como el regocijadísimo guardia del sainete de Vega, no ha salido aún de su «apoteosis», tartalea unas cuantas palabras, hasta que, recobrándose, dice:

—Perdone el señor, si me he atrevido..., pero..., el caso es que...

—¿Qué? ¡Acaba!

—Pues que ha ido á buscar al señor el nuevo Presidente del Consejo de Ministros.

La noticia ha producido tal efecto en Su Excelencia que, como movido por un resorte, se sienta en la cama.

—¿Don Saturio?...

—Sí, señor.

—¿Y qué?

—Pues que como no estaba el señor, se marchó diciendo que sentía infinito no encontrar

al señor. Nos preguntó dónde podía verle, y como no lo sabíamos...

—¿Que no lo sabías y vienes á buscarme?...

Perico comprende que acaba de dar un mal paso, y rectifica:

—Entonces lo ignoraba; lo he sabido después, por el *chauffeur*.

Sole siente una viva simpatía hacia un mocetón tan avispado que miente con tal aplomo.

X

Ya cerca de anochecer, sale don Bruno de casa de la cupletista, completamente restablecido de su extemporánea indisposición.

Le acompaña Perico, y ambos toman un simón que los conduce al Senado.

Su Excelencia ordena á su acompañante que busque al *chauffeur*, y que ambos le esperen.

Lleno de mortal inquietud penetra el prócer en el palacio que fué convento de doña María de Aragón. Al ver entrar al marqués, unos cuantos correligionarios van á su encuentro, y sonrientes y efusivos, le rodean preguntándole casi á coro:

—¿Ha visto usted al Presidente?...

—No, señores, no le he visto—declara cariacontecido Su Excelencia.

Uno de los correveidiles de don Saturio, le increpa cariñosamente:

—Pero, ¿dónde se ha metido usted marqués? Don Saturio buscándole á usted por todas partes.

—Sí, sí, ya lo sé—afirma el atribulado señor.

—Hasta última hora no se ha decidido á ultimar la combinación. Ha tenido una verdadera contrariedad en no verle.

—¡Y yo también!—suspira don Bruno.

—Pero, como la cosa no admitía espera...

—¿Dónde está el Presidente?—pregunta el marqués afanosamente, sin atender al correveidile.

—¡Echale un galgo al Presidente!—advierte irónico uno de los del corro—. Acaba de ir á Palacio á jurar el cargo con los nuevos ministros.

—¿Con todos?...

—Sí, hombre, con todos.

Don Bruno, al oir esto, también jura... lo mismo que un carretero.

Y con gran asombro de los que le rodean, se llama estúpido al pensar que se ha que-

dado sin realizar la mayor ilusión de su vida, la de ser ministro, por meterse imbécilmente en una aventura galante. ¡Y qué aventura!...

ALEJANDRO LARRUBIERA.

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL